

# Los ENGAÑOS de un gasto social CONTRAPRODUCENTE

Cerca de los periodos de elección, el ego de muchos políticos se abona cuando muestran sus generosos sentimientos con el dinero de los impuestos, concediendo donaciones, pensiones y obsequios para el llamado gasto social ahora transformado en inversión social. Analicemos si de veras es inversión o si es solo un gasto de onerosa propaganda, espectáculo de políticos para lograr votos de un pueblo manipulado.

Estamos en una época de crisis, de revisiones fundamentales en las cuales el pensamiento débil del tecnólogo puro, que solo conoce los “cómos”, requiere un análisis fenomenológico de los resultados y de los “porqués y los para qué”, nuevas búsquedas a un nivel filosófico, humanístico y sociológico.

Los actos económicos se puede reducir a tres conceptos:

1. Los intercambios, al que llamaremos de “justicia conmutativa”: te doy para que me des, la conmutación de bienes libremente elegidos.
2. Los dones: te doy transferencias gratuitas sin contrapartida.
3. Las coacciones (para pagar los dones), a las cuales llamamos “justicia distributiva” donde: te quito con impuestos, con deudas que los venideros deberán pagar o con la inflación de emisiones monetarias sin respaldo; lo que llamaremos “justicia distributiva o social”: la del don por un lado y la de la coacción correspondiente para poder pagar los obsequios. En economía no hay nada gratis.

La gran pregunta es sencilla: conocer si estos dones y coacciones mejoran realmente la capacidad, independencia y el desarrollo de los favorecidos o si, por el contrario, los hace más dependientes e inmaduros, con menos incentivos para ser emprendedores y responsables de sí mismos y de sus familias. Como corolario: conocer si el reducir inversiones prioritarias para aumentar el gasto corriente de transferencias gratuitas, conduce a una economía sólida y sustentable.

Hay dos ámbitos diferentes: el de la economía amplia, en la cual todos estamos —por coedición humana— inmersos pasivamente, por gusto o por fuerza, y la del intercambio real, por voluntad y capacidad, la única que hace crecer a las personas y los satisfactores. En esta economía cada vez participan menos, porque no tienen oportunidades o porque no le ponen esfuerzo y capacidad, pues huyen de los compromisos y tienen horror de los deberes para con ellos mismos y la sociedad. Algunos por falta de oportunidades, otros por impreparación (que se inicia en una primaria mal hecha que no exige esfuerzo ni del maestro ni del alumno), y el horror a vínculos con responsabilidad que exigen voluntad, carácter y autodeterminación.

Cada vez son más aquéllos que preferirían vivir de donaciones y de los llamados “apoyos” permanentes del gobierno, ahora que están plenamente convencidos de que estos dones permanentes vitalicios, de vivienda, de alimento, de estudios y hasta de diversión, son su derecho y que lo deben de exigir. Saben exigir a la sociedad pero no exigirse a si mismos.

En la Inglaterra del siglo XIX, que fue el de su máximo desarrollo con el uso del vapor, la locomotora y los barcos, se decía que había los “deserving poor,” aquéllos que por causa ajena a su voluntad eran pobres, pero no por falta de espíritu de responsabilidad y voluntad de asumir el esfuerzo necesario. Aquí hemos desarrollado la incultura del pasivo exigente, aunque es curioso que el mismo que aquí exige, cuando cruza la frontera se vuelve a la economía del intercambio, es eficiente y conmutativo



## “El trabajo productivo se da cuando hay valor agregado en lo que se produce, en el precio que el mercado quiere y puede pagar. Generar empleo no es igual a generar trabajo”

Y no es ningún flojo ni tonto. Allá puede haber coacciones pero no hay a quién exigir dones, y lo único que funciona es el intercambio.

Conceder ayudas vitalicias a cada una de las necesidades conocidas —desempleo, madres solteras, jubilaciones a los 50 años de edad—, ¿no fomenta un país de minusválidos permanentes que, además, se dicen víctimas?

Por ejemplo, la ayuda económica a la madre soltera se ha convertido en la fórmula para que no le convenga a la beneficiaria casarse, aunque tenga pareja, porque perdería la pensión. En algún país europeo se daba el caso de que, cuando se juntaban las pensiones de desempleo de dos en la familia, recibían mayores recursos que si consiguieran trabajo o buscaran autoempleo.

Los políticos y los legisladores —que se adjudican a sí mismos ingresos millonarios— predicán una sociedad sin escasez y aparentemente sin coacciones, hasta que la realidad se impone, la escasez llega y la coacción se vuelve violenta. Véase el caso de la crisis hipotecaria en Estados Unidos o de las tarjetas bancarias en México. Sabemos que la escasez es la causa formal de la economía y que reducirla se logra llenando los mercados a precios accesibles y no llenando los bolsillos de billetes sin valor a los cuales haya que quitarles tres ceros, como ya sucedió.

Hay, por tanto, dos orientaciones: hacia la economía activa del intercambio, la que hay que fomentar o hacia la economía del don y de la coacción, la demagógica, la cual desarrolla naturalmente al único que puede ejercer el don y la coacción económica... o sea, el Estado.

La justicia distributiva para cubrir necesidades puramente de subsistencia y exigir poco o nada al que recibe, puede lograr por una parte que se vuelvan derechos impagables y crecientes (pensiones a los 50 años) y que se termine con el esfuerzo de la gente para valer más por sí mismos y para poder lograr una economía familiar y personal en forma independiente. Un país de dependientes pasivos, activos únicamente para la protesta, crea su propia destrucción.

Sin solidaridad dentro de la familia, donde los económicamente activos apoyan la educación de los niños y el cuidado de los ancianos, no hay sistema social que resista toda la carga para la sociedad. Menos mal que la familia mexicana tradicional, en general, sigue siendo apoyo subsidiario y afectuoso.

Más empleo no es igual a más trabajo  
La prensa nos informa cómo crece sin cesar el gasto corriente de la burocracia. Ahí se genera la mayor parte de

las veces empleo, pero no trabajo conmutativo con valor agregado real, pues por el contrario, mientras haya más burocracia y más leyes que administrar, más se estorba la productividad de las empresas. El trabajo productivo se da cuando hay valor agregado en lo que se produce en el precio que el mercado quiere y puede pagar. Generar empleo no es igual a generar trabajo.

Cuando visité la Unión Soviética, todo el mundo tenía empleo burocrático (o sea fatiga y horarios rígidos), pero muy poco trabajo real. Todos dependían del don y de la coacción del Estado, pero los mercados estaban vacíos y la cercanía y la docilidad con el poder proporcionaba los ingresos. La coacción lo dominaba todo. No había libertad ni posibilidad de democracia.

Un gobierno que se agiganta en personas y en nóminas en sus tres dimensiones —la federal, la estatal y la municipal—, es el mejor de los mundos para el don y la coacción, pues las percepciones llegan a ser millonarias sin que exista Secretaría de la Función Pública que controle el número de plazas y el volumen de percepciones. Don Adolfo Ruiz Cortines —hombre honesto y prudente—, era quien autorizaba personalmente las plazas nuevas, pues las que quedaban vacantes no se reponían, salvo las técnicas indispensables. Así frenó la inflación que heredó del periodo anterior.

Si se destina solamente lo que sobra a las inversiones productivas y de infraestructura en las cuales se genera trabajo real y al mismo tiempo ayuda social —puesto que un camino o una presa, un sanatorio o una escuela, vuelven productiva una zona—, el país no crecerá. Esta debía de ser una política pública importante: entender el concepto de trabajo distinguiéndolo del concepto de empleo. Empleo se puede dar a todos como derecho a cobrar y a perder el tiempo. El trabajo con valor agregado, en cambio, exige capacitación, responsabilidad e intercambio de valores en lo que se hace.

La productividad no la logra, ni el capital solo, ni el trabajo solo; se logra únicamente cuando actúan en equipo trabajo y capital, bajo acertada dirección estratégica, sin estorbos burocráticos, en servicio del mercado, que es el que vota a favor o en contra de las marcas y los productos. La crisis del mercado de automóviles de Estados Unidos es el ejemplo vivo de lo que estamos diciendo.

Lograr que cada día más personas entren en el mundo del intercambio real como la única fórmula de crecer y de reducir la pobreza, es la meta para lograr un consumo creciente sin crisis recurrentes, las cuales se han originado por no enseñar que a ser productivos, frugales y ahorrativos. Esta era la fórmula económica anterior en los Estados Unidos cuando eran prósperos: responsabilidad

## ➤ “Un país de dependientes pasivos, activos únicamente para la protesta, crea su propia destrucción”

personal, interés propio y familiar, espíritu de emulación, de ahorro y de gasto razonado, compromiso y justicia en los tratos y contratos, innovación y asociación creativa.

Un país de gente sin esfuerzo y con derecho a gastar sin hábito del ahorro, nunca hará una nación floreciente.

También ahora, en las altas finanzas, en las bolsas de valores, hay donaciones estúpidas y coacciones descaradas cuando no se intercambian bienes reales con su propio valor, pues, por ejemplo, los llamados derivados son promesas de valor a fechas futuras de valores injustos e inciertos. No nos referimos a “futuros de commodities” que son conmutativos de bienes reales. La justicia conmutativa del intercambio de productos reales a precios justos es la primera regla de un liberalismo económico que quiera durar y no vivir de intercambiar promesas de títulos y documentos virtuales como cartas en las casas de juego.

Sin justicia y sin honestidad informativa, el capitalismo y el liberalismo están cavando su propia tumba. La libertad mal usada se pierde, por lo cual la reforma profunda que se tiene que imponer requiere de hombres mucho más éticos e inteligentes que los que llevaron el sistema a la crisis por su avaricia y ambición. No hay reforma social sin reforma de la justicia personal, ni son suficientes las enseñanzas técnicas, de actitudes y habilidades, ni la formación de una personalidad agresiva y vencedora, como se enseña orgullosamente en algunas escuelas de graduados en administración. La humildad y la sencillez son las mejores armas de un director para formar el equipo humano y la estrategia adecuada.

La fórmula de generar valor agregado y productividad para el que vende y para el que compra se logra siempre y cuando el intermediario o el gobierno no se queden con la mayor parte de este valor. La moral del intermediario —llámese banco o cadena mayorista— tiene que ser revisada, pues puede dañar el intercambio real cuando su función es mejorar su eficiencia en una estructura de mercado positiva. Por ejemplo, los bancos tenían como misión evitar el agio y dar seguridad al ahorrador. Pero ahora se convirtieron también en agio y algunos en procesos de grandes fraudes.

Sociedad sin escasez y sociedad sin coacción no puede existir, pero cuando del don y la coacción crecen en beneficio exclusivo de los bondadosos candidatos a la próxima elección, la regresión de las mal llamadas “conquistas sociales”, aunque sean injustas y en

ocasiones imposibles de pagar, se vuelven imposibles de reintegrarse.

Los Estados Unidos que yo conocí hace años, mostraban una sociedad austera y ahorrativa, trabajadores calificados y eficaces, empresarios comprometidos con la empresa, una juventud estudiosa con las mejores universidades y en las familias, no tan deshechas como ahora, una voluntad de ahorro y frugalidad en los gastos. Primero era el ahorro y después la inversión o el consumo. Esto ya se acabó, pues ahora es al contrario. Hoy se incentiva el consumo, aunque no haya con qué pagarlo, pues ya no se premia e incentiva el ahorro. Hoy se invierte con promesas de créditos impagables o con apuestas a derivados futuros. Se aspira a ser millonario sin esfuerzo y de inmediato.

En las universidades estadounidenses, los alumnos de origen oriental aumentan cada vez y habrá más maestros de esos países. La tecnología de punta en 10 años será de los orientales y habrá que ir a estudiar a sus universidades. Quien tenga esta tecnología tendrá el poder material del mundo, mientras la autoridad espiritual va a la baja.

En la escuela primaria llenábamos libretas con “timbres del ahorro”, y el que completaba la libreta recibía el doble o podía comprar una bicicleta. Ahora hay en las tiendas carritos para el niño con el aviso de “cliente en entrenamiento”. La sociedad de consumo y la economía de guerra lo han arruinado todo. Habrá que educar al pueblo en otros valores. E



El autor es Licenciado en Administración de Empresas y Contador Público. Es Doctor en Filosofía por la Universidad de Navarra y Director General del despacho Morales Mancera, de Contabilidad y Consultoría.